

Experiencia y formación¹

Luis Alberto Montenegro Mora

Director Editorial UNIMAR
Docente Investigador
Universidad Mariana



Luis Alberto Montenegro Mora
Director Editorial UNIMAR.

La educación como movimiento se configura como un escenario de tensión, tanto del componente teórico como del práctico, si esto no fuese así, estaría desvirtuada de la naturaleza que define a los grupos sociales. Si bien, podría parecer que son variadas las problemáticas que lo anterior suscita, hay una de principal interés que moviliza el campo pedagógico, que en definitiva, es aquella referida a la filosofía educativa, es decir, la que nos ubica en el ámbito teórico del asunto de formar. Así las cosas, el foco de interés se centra en buscar e indagar sobre los elementos causantes de los conflictos en la acción de formar, y poder tejer nuevos campos de posibilidad, de aproximaciones tanto epistemológicas como prácticas que trasciendan más allá de los formalismos propios de los espacios escolares, y posibiliten el encuentro entre los bandos tensionadores del fenómeno educativo (Dewey, 2010, p.63).

El objetivo perentorio de una posible filosofía educativa se exprese en la sección medular del párrafo anterior, no obstante, la función mediadora de ésta no deberá ser la única y exclusiva, ni tampoco la elaboración de una colcha de retazos a partir de los conceptos y apuestas de las escuelas ideológicas, entre otras posibilidades; por el contrario, es sentir la necesidad de elaborar, compartir, forjar, poetizar nuevas maneras de hacer en la praxis. De este modo, es más factible comprender que los caminos ya abiertos, andados,

marcados, señalados y conocidos, son aquellas concepciones que conforman las zonas de confort tradicionales, en donde el docente está seguro, pero donde el formador se encuentra aprisionado; de esta manera, un nuevo orden en las concepciones, es decir, en las posibilidades de entender la escuela, no desde el pasado y sus prácticas, sino desde el presente y su continua penetración como futuro, como respuesta a los anhelos tradicionalistas de recrear la génesis educativa en vez de pensar en el fenómeno educativo desde la formación del sujeto del siglo XXI.

En relación con lo anterior, cabe señalar que si bien hay un claro llamado a la movilización de las concepciones tradicionales de educación y formación, la negación de las mismas, puede como lo afirma Dewey (2010), ser un problema de corte pedagógico para aquellos que confían en el establecimiento de una nueva forma de entender y hacer educación; aún más, el partir del reconocimiento y “validez” de las formas tradicionales de la educación, y resignificarlas, potencializarlas, y deconstruirlas, podría ser la clave del hecho formador, en nuevos escenarios que convocan la naciente idea de educación.

Así pues, y teniendo en cuenta el carácter natural de la relación entre educación y experiencia, y el acto de formar y la formación como implicaciones propias de la educación, no es tan simple o sencilla la idea, ya que al parecer hay un giro de la filosofía educativa tradicional, o más bien, una metamorfosis de ésta, que le posibilita extenderse a una adjetivación de lo experimental. No obstante, hay que aclarar que no todas las experiencias formativas contienen la misma carga de conceptos, es decir, que existen experiencias que no podrán ser catalogadas como educativas o verdaderas, y esto parte del hecho de que si bien la educación se dinamiza y adquiere sentido en la acción, la experimentación, el empirismo, esto no garantiza la validez de la éstas, lo que supone en palabras de Dewey (2010) que hay experiencias antieducativas¹.

En efecto, desde la consideración anterior, aquella experiencia que atente contra la sensibilidad –el sentir- y la reactividad –respuesta-, sesga y establece una frontera o límite a las posibles experiencias venideras, las cuales podrán ser más ricas y significativas en la medida en que se nutran de sus antecesoras.

¹ El presente texto intenta aproximarse de manera breve al concepto de formación desde la reflexión crítica de algunos apartes del pensamiento de John Dewey, concretamente, en lo relacionado con experiencia.

² Dewey (2010) define la experiencia antieducativa como aquella que detiene el progreso o desarrollo de experiencias ulteriores, que se compone de dos aspectos, el primero, la percepción inmediata de agrado o desagrado, la segunda, la influencia que tiene sobre las futuras experiencias.

Otra situación posible en el pensar y sentir la experiencia, será el considerar que a pesar del agrado que sobre y en el desarrollo de ésta se genere, hay un riesgo de que configure una suerte de acciones negativas que afecten el proceso formativo; asimismo, es posible que a pesar del agrado y deleite resultante de la experiencia, no exista una relación clara entre experiencias, lo que atomizaría la acción formadora, más aún cuando se requiera de tangibilizar la teoría y generar un saber, de suerte que “cada experiencia puede ser vivaz, animada e “interesante” y sin embargo, su falta de conexión puede engendrar artificialmente hábitos dispersivos, desintegrados, centrífugos” (Dewey, 2010, p. 72).

De este modo, las experiencias –presentes-, independientemente de su tipología, condicionan, designan y estigmatizan las futuras experiencias, cuestión que ya entra en el terreno de lo no dominable, es decir, que el ser humano de manera difícil podrá enrutar y reiniciar una experiencia desde cero, o controlar ese pensar y sentir cuando se aproxima al conocimiento en el desarrollo de una experiencia que no significa para él.

A partir de lo expuesto en los párrafos anteriores, un argumento válido para reconocer la función educativa y formadora de la escuela tradicional, se esboza en que ésta, planteaba otro tipo de experiencias, tal vez, inquisidoras y castradoras de las ulteriores, pero que sin embargo, los alumnos estaban expuestos a ellas; por lo que pensar que las nuevas formas de educar son la contraposición más pura y dura de lo tradicional, sería una idea equivocada de entender el dinamismo, evolución y progreso desde la comprensión de un tiempo, un contexto y unas necesidades que claramente son diferentes a las que estamos expuestos en la actualidad.

Es decir, la función del educador recae en la elaboración de aquellas experiencias que signifiquen para el alumno, y que además, se conjuguen con el gusto o agrado inmediato, y motiven o movilicen el desarrollo de experiencias similares futuras; lo anterior, parte del principio que en toda experiencia ulterior conviven los vestigios de experiencias pasadas que están en su genética, la cual se muta constantemente dependiendo de las experiencias acumuladas, allí se establece el problema central de la educación basada en la experiencia, en donde habrá que garantizar la manera de que las experiencias presentes estén presentes en las futuras.

Así las cosas, es fundamental para la educación desde y para la experiencia, el conceptualizar su simbología, lo que significa, lo que implica, lo que su naturaleza establece y como dicha conceptualización se adhiere, transforma, mimetiza y consolida otras posturas no sólo epistemológicas sino también empíricas. De este modo, la filosofía de la educación no tenía cabida en la escuela tradicional, ya que su supervivencia no dependía de ésta, sino del ejercicio rutinario ya preestablecido y aceptado; por otro lado, las escuelas progresistas están orientadas a repensar constantemente, a resentir frecuentemente las acciones educativas, para así poder fusionar y eclipsar aquellas ideas coherentes y potentes desde su entrelazamiento, para filosofar la educación, razón por la que, la necesidad del espacio filosófico del acto educativo no es opcional en las nuevas maneras de formar, ya que su carácter vital es sobresaliente; en términos deweyanos es una invitación clara a pensar y sentir una filosofía de la

experiencia, lo que establece el desafío de planear u organizar de, por y para ésta.

El *jaque* en el que se ubica la educación progresista, radica en pensar que ésta es más fácil que la tradicional, cuestión que no solo es falsa, sino que deja entrever que la praxis formativa de la escuela progresista puede perderse en la elaboración de su rol “heroico”, contrario y contestario, como respuesta al papel antagónico de la educación tradicional; es decir, el riesgo de la educación progresista de no pensarse a sí misma, de evadir su filosofía, y depender de sus acciones contrarias a las formas tradicionales de la educación, puede movilizar el *mate* de la filosofía educativa moderna, y no sólo eso, sustantivar, enunciar, nombrar las mismas prácticas de forma diferente. La nueva educación, supone una simplicidad la cual es más difícil de lo que podría pensarse, ya que accionar sobre lo dado, lo establecido, lo institucionalizado es un atentado directo, una ruptura precisa a las zonas de confort y rutas de pasibilidad que la escuela tradicional ya varias décadas atrás a levantado, así los hábitos intelectuales ya ubicados representan un trabajo riguroso y dispendioso para el educador moderno o el filósofo de la educación actual.

Por otro lado, la teorización de la experiencia implica el establecimiento de unos principios que funcionen y sean coherentes a una posible filosofía educativa, de este modo, es factible hablar de continuidad experiencial, como principio para diferenciar o distinguir aquellas experiencias que posibilitan el buen devenir de experiencias futuras -y que además, suman y se compilan en la construcción de un conocimiento- de aquellas que limitan y condicionan las experiencias venideras. Aquí, es preciso señalar la función que cumple el hábito, en donde la experiencia vivida impacta al que la vive³, de forma que afecta tanto sus deseos como las percepciones involucradas en ella, y colateralmente, a todas aquellas experiencias posteriores, razón por la que, el hábito es otro principio que reluce, no desde su percepción de lo fijo, repetitivo u estático, sino desde algo más profundo, lo emocional e intelectual en la acción de vivir.

De este modo, mundo es lo que es por el cumulo de las actividades del ser humano que antecedieron y establecieron las condiciones contextuales presentes, lo que demuestra que, así como el hombre afecta al mundo desde su experiencia, el mundo asimismo lo afecta a él, más aún, cuando es éste la representación de lo cultural, económico, político, tecnológico, ambiental y demás que influye en la manera de leer, pensar y sentir la realidad, como lo asignado, acordado, impuesto.

Las experiencias en sí, se componen de una relación íntima, entre las condiciones objetivas y las internas, esto hace referencia al principio de interacción, el cual se establece desde la función y fuerza del hecho educativo, y se plantea en lo que se denomina situación; así las cosas, la interacción a la que se hace referencia,

³ Dewey (2010) al respecto señala que: “cada experiencia es una fuerza en movimiento. Su valor sólo puede ser juzgado sobre la base de aquello hacia lo que mueve” (p. 81), cuestión por la que el educador como adulto, y confiando en que su grado de madurez en tono de experiencia sea mayor que la del joven aprendiz, pueda observar y reflexionar sobre la dirección de la experiencia del estudiante y así plantear una postura frente a ello.

es aquella que se ubica en una situación en donde la triada individuo-objeto-y otros individuos se hace presente, y en donde el ambiente es la condición aquella que está en la frontera entre las necesidades, propósitos y capacidades que tenga el individuo en el desarrollo de una experiencia; de esta manera, y en términos de Dewey no es posible entender el valor de lo educativo en abstracto, es decir, que la adaptación y los procesos que esta acción conlleva amplía un horizonte de posibilidad de leer, entender y comprender el mundo, pero entendido este fenómeno en doble vía, en donde tanto el material no entra en el rango de lo necesario importante y coherente con las capacidades del individuo, como éste que no logra esa conexión – adaptación al material, generando así una experiencia antieducativa.

Concluyendo, se puede enunciar que: al reconocer el principio de continuidad -en donde el futuro es una pieza indispensable para las acciones del presente - desde la perspectiva de educación tradicional, se condicionó y malinterpretó, justamente cuando se estableció que el aprendizaje o adquisición de ciertos conocimientos y destrezas en algunas materias fundamentales, serviría para un “algo” futuro, en donde la preparación juega una papel ambivalente, puesto que si el individuo se ubica de manera permanente en expectativa

ante lo que está por venir, posiblemente habrá experiencias ulteriores que se desarrollarán en plenitud, pero la pregunta es ¿Qué pasa con aquellas experiencias que no fueron más que el pretexto para la preparación del individuo en cierto conocimiento, destreza y habilidad y no pasaron al plano futuro de lo aplicativo?

Para finalizar, es preciso comentar lo perentorio de todos los elementos que componen las experiencias presentes, para garantizar una posibilidad de experiencias ulteriores significativas; lo anterior, como enseñanza y resultado de lo que aconteció con la educación tradicional, la cual se ubicó más en un futuro de incertidumbres y lejano, en vez de situarse en un presente más íntimo del individuo. De este modo, la formación es la representación de la experiencia y su evolución, y viceversa, es la posibilidad de la poetización del conocimiento.

Bibliografía

- Dewey, J. (2010). *Experiencia y educación*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Sáenz-Obregón, J. y Zuluaga, O. (2004). Las relaciones entre psicología y pedagogía: infancia y prácticas de examen. *Memoria y Sociedad*, 8(12), 9-26.



Fuente: pixabay.